

LA PRIMERA EDAD.

SUMARIO.

Las obras de misericordia, segunda parte. Dar buen consejo al que lo ha menester.—La mano izquierda y la derecha.—El niño y la estrella, de Dickens.—Eugenia.—La rosa, el jazmín y la encina.—El ahogado.—El gusano de seda.—El niño gloton, cuento del ama de gobierno.—El sueño de la niña.—Cuentos de Schmid.—La sombra, lámina que acompaña al presente número.

LAS OBRAS DE MISERICORDIA.

SEGUNDA PARTE.

II.

DAR BUEN CONSEJO AL QUE LO HA MENESTER.

I.

Hace muchos años era yo, queridos lectorcitos, niño, como vosotros, y gustaba de los juegos que os agradan hoy, que entónces causaban mi alegría.

¡Cuán pronto pasaron aquellos tiempos de la infancia!

Vosotros os hallais ahora en edad tan dichosa; por esto quiero contaros un cuento, que puede servir de útil ejemplo.

Tenía yo en aquellos tiempos un amiguito, compañero constante de mis paseos, participe seguro de mis recreos ó entretenimientos. Rodrigo, que así se llamaba, era

de vehemente carácter, poco juicioso y amigo de aventuras arriesgadas, que me causaban espanto, en mi juicio más tranquilo, ménos atrevido que el suyo.

Una tarde habíamos salido de paseo, y él y yo corriamos alegres por el campo en dirección á una escarpada montaña que habia cerca de nuestro pueblo. No tardamos mucho en llegar á ella, cayendo poco ménos que rendidos de fatiga ántes de poder llegar á la elevada cima.

Era entónces esa hora en que el sol, próximo á ocultarse por el horizonte, ilumina con carmíneos reflejos las nubes que parecen velar en parte con transparente color el hermoso azul del cielo, yo parecia sumido en profunda contemplación, mi compañero, alegre como siempre, queria que descendiéramos rápidamente, abandonándonos á la carrera, la pendiente de la montaña.

—Vamos, me decia, dejémonos ir, y bajaremos prontamente la cuesta que tanto trabajo nos ha valido para subir.

—¡Oh! no, no me atrevo, hube de responderle; si no pudiéramos al bajar contener nuestra carrera, caeríamos sin remedio; rodariamos fatalmente hasta el pié de la montaña.

—¡Tonterías! exclamó Rodrigo, tu miedo te hace ver lo que no existe. Anda, subamos un poco más y dejémonos luégo caer.

—Tengo miedo, exclamé, yo bajaré poco á poco.

Iba mi amigo, al oir mis palabras, á precipitarse por la inclinada vertiente, cuando un anciano pastor acertó á llegar hasta nosotros. Sin duda alguna habia oido las últimas palabras de Rodrigo, porque dirigiéndose á él, le dijo:

—Tú no comprendes el peligro en que os encontrais uno y otro: habeis subido la montaña, mas es imposible bajar por donde subisteis sin peligro grandísimo de caer y rodar despeñados. Tu atrevimiento es hijo de tu poca reflexión, de tu imprevisión, de tu temprana edad.

—No hay peligro, exclamó el niño; yo procuraré no caer.

—No lo conseguirás, hijo mio; si-

gue el consejo del que ha envejecido en esta montaña, y sígueme; yo podré enseñar el camino á tí y á tu compañero.

—Yo iré con V., buen anciano, exclamé prontamente; tengo miedo.

—Tú eres razonable, tu compañero no: sigue, él nos seguirá tambien.

Efectivamente, yo acompañé al buen pastor que continuó prontamente su camino, y Rodrigo pareció dudar algun tanto.

Sin embargo, al ver que yo le abandonaba, al ver que el sol al ocultarse anunciaba la pronta venida de la noche, tuvo miedo tal vez y corrió hácia nosotros: el consejo del pastor habia tenido el deseado resultado, el niño abandonó el riesgo siguiendo la segura senda que la experiencia le trazaba.

II.

Muchos años despues de aquel momento en que el consejo del pastor apartára á Rodrigo del peligro, iba yo casualmente una tarde por las afueras de la poblacion donde habia visto la luz primera, donde los dulces cantares de mi querida madre habian arrullado ca-

riñosamente mis sueños de ángel.

Los últimos resplandores del crepúsculo, la proximidad de la montaña, la soledad en que me encontraba, llevaron mi pensamiento al recuerdo de aquella tarde en que un consejo desinteresado pudo apartar á Rodrigo del peligro en que se encontraba.

Y pensaba tristemente, sin saber darme razon de ello, en la suerte del que habia sido mi amigo de la infancia, al que yo no veia hacia ya muchos años.

Nada bueno suponía yo de mi compañero de niñez: conocia su carácter y lo temia todo.

¡Pobre Rodrigo, qué sería de él!

Esto pensaba, cuando repentinamente apareció un hombre ante mí.

—¡Quieto! exclamó, sólo quieto el reloj y el dinero.

La sorpresa que experimenté no fué suficiente á separar mi inteligencia de la idea que la agitaba: aquella voz me era conocida; ella me llevaba tambien á la misma idea que entónces sustentaba mi mente.

Un relámpago súbito cruzó por mi cerebro: aquella voz era la de Rodrigo, mi antiguo compañero, que se presentaba ante mí con el puñal del asesino en la mano.

—¡Rodrigo, Rodrigo! exclamé, ¿no eres tú? ¿no me conoces?

—Mis palabras causaron profunda sensacion en aquel hombre; ¿podria engañarme?

No me engañaba, no, era él.

—¡Maldicion! — gritó — ¡tú!

Y tras esta exclamacion partió velozmente cual si todo un mundo de distancia quisiera poner entre él y yo.

—¡Rodrigo, Rodrigo! — grité con fuerza.

Nada, mi voz volaba en alas del viento de la tarde que tocaba rápidamente á su fin.

Yo no podia abandonar á aquel hombre: mi corazón me anunciaba que era mi amigo; mi conciencia me decia que debia separarle del borde del precipicio en que tal vez se encontraba.

¿Qué habia acontecido á Rodrigo?

¿Qué circunstancias le habian reducido á aquel estado en que tras largo tiempo volvía á encontrarle?

Era necesario, sí, descifrar el enigma: tal vez podia mi consejo serle útil, como hubo de serlo el del pastor de la montaña. Y por esto salí corriendo tras él, procurando ganar la distancia que nos separaba.

La noche cubria ya con sus sombras á la tierra, y si la luna no hubiera enviado entónces sus dulces rayos sobre la campiña, seguramente me hubiera sido imposible seguir á Rodrigo. Este no hacia caso alguno de mis palabras, que sólo servian para acelerar su carrera.

¿Me sería imposible alcanzarlo?

Esto creia yo al ver como se alejaba, cuando repentinamente se paró mi amigo.

—¿Qué quieres? — me dijo — ¿por qué me persigues?

—Quiero tu bien; por él te persigo: quiero que me oigas, porque es preciso que abandones la senda del crimen en que te encuentras.

Rodrigo parecia dispuesto á oirme, y yo aproveché aquella aparente disposicion para hacerme oír de mi amigo de la infancia.

Allí, sobre una piedra, ante la soledad que nos rodeaba y el espectáculo que nos presentaba la naturaleza, hice oír á mi amigo, al infeliz Rodrigo, los consejos que la experiencia y la honradez de mis deseos presentaban á mi mente.

Rodrigo se encontraba en una de esas situaciones en que el alma se encuentra dominada por un sentimiento grande que puede dis-

poner de la voluntad del individuo; en terrible compromiso, llevado al precipicio del crimen por la necesidad de pagar una deuda contraída en el juego, aquel desgraciado habia encontrado en su primera víctima al que más que su amigo de la infancia habia sido su hermano cariñoso.

Criminal por vez primera, la casualidad le habia puesto delante de mí: su situacion era excepcional, la victoria se me presentaba fácil: era mío.

Allí hube de recordarle aquel momento de nuestra niñez en que el pastor pudo separarle del peligro de rodar por la montaña; yo queria ser entónces lo que el anciano fué ántes; yo queria separarlo del peligro de rodar por la pendiente del crimen, al fin de la cual sólo aparecer podia el precipicio del cadalso.

¡Pobre Rodrigo!

Mis palabras llegaron á hacer vibrar las cuerdas de su alma: lloraba; de sus ojos salian raudales de lágrimas, lágrimas que á lavar venian hasta el recuerdo de su extravío.

Estaba arrepentido; habia al fin abierto los ojos del alma á la luz purísima del bien. Yo no podia ya contenerme; ante su verdadera

conversion abrí mis brazos al que arrepentido se encontraba, y allí, en estrecho abrazo, pude juntar á las suyas las lágrimas que vertía, que viniendo á confundirse, podían juntas limpiar la mancha del crimen, la memoria del vicio, hasta el recuerdo de lo que había sido mi amigo, ante la consoladora esperanza de lo que podía ser en adelante.

La obra estaba terminada. Dichoso el que dos veces en su vida había tenido á su lado el saludable consejo que apartarle pudiera del precipicio á que loco, ciego, se dirigía despeñado.

Rodrigo es hoy un hombre honrado; nadie supo el suceso que ocurriera entre él y yo aquella noche: sólo Dios pudo presenciario y dar á mi amigo el perdón que mereciera su firme arrepentimiento.

E. THUILLIER.

LA MANO IZQUIERDA Y LA DERECHA.

El maestro.—Atención, señores. Colocad bien el cuerpo si queréis escribir bien. La regularidad en la inclinación de la escritura de-

pende de la posición del cuerpo del que escribe. El brazo derecho extendido á lo largo de la mesa, á poca distancia del borde; el cuerpo derecho, el costado izquierdo apoyado en la mesa.

Y bien, hijo mío, ¿por qué me miras así? Aunque hayas entrado nuevamente en la escuela, debes comprender lo que digo. Esta es la primera lección de escritura que te doy; haz lo que te indico y formarás fácilmente los rasgos del modelo.

Juan.—Señor maestro, comprendo bien lo que dice V.; pero no sé de qué lado me debo colocar.

El maestro.—¿No sabes distinguir la mano derecha de la izquierda?

Juan.—Sí, señor, lo sé; ésta es la mano derecha y ésta la izquierda; pero, ¿debo colocarme como dice V. que lo haga y como se colocan todos mis compañeros?

El maestro.—¿Por qué no?

Juan.—Señor, soy zurdo.

El maestro.—¿Eres zurdo? Pues bien, tanto mejor, amigo mío. Colócate, colócate como te he dicho; ya verás como te enseño á escribir con la mano derecha.

Cárlos.—Señor maestro, ¿qué es ser zurdo?

El maestro.—Es hacer con la mano izquierda lo que se debe hacer con la derecha.

José.—Señor maestro, ¿y se nace así?

El maestro.—Esta es una gran cuestion, amigo mio; pero más importante es todavía saber si venimos al mundo con una mano hábil, ligera, y otra torpe é inhábil.

Cárlos.—Así será, señor maestro, puesto que todos los hombres son de este modo.

El maestro.—No es esa una razon suficiente, puesto que la educacion es la que influye en el modo de ser de los hombres. Si nuestras amas y nuestras mamás lo quisieran, nuestra mano izquierda podria ser tan útil como la derecha, y ésta quedar inhábil.

José.—¿Es posible?

El maestro.—Dime José, ¿tienes una pierna izquierda y otra derecha?

José.—Sí, señor; seguramente.

El maestro.—¿Notas, cuando andas, cuando corres, cuando saltas á la cuerda, si alguna de tus piernas está más torpe que la otra?

José.—No señor, las noto iguales á las dos.

El maestro.—La naturaleza no

ha establecido más que una muy ligera diferencia entre las dos piernas, pues tienen la misma fuerza; así es que, en una larga carrera, lo mismo se fatiga una pierna que la otra. En el mismo caso están las manos; la naturaleza las ha dotado de la misma fuerza; sin embargo, en el dia hay en ellas una diferencia muy notable, una muy notable desproporcion. ¿Por qué? Esto consiste en que tu mamá, cuando empezaste á andar, te dejó hacerlo á tu capricho. No te dijo que marchases sobre un solo pié; no lo hubieras podido hacer, y no podia ella tener, por lo tanto, tal pensamiento; así es que te has servido tanto de una pierna como de la otra. No ha sucedido así con las manos. Yo no sé el pensamiento, la razon ni el origen de servirse de una mano más que de la otra. «Vamos, dicen las amas y las mamás, toma esto con la mano derecha, saluda con la mano derecha, envia un adios con la mano derecha. ¡Ah, es un niño mal educado el que saluda con la mano izquierda!

¿Qué resulta de todo esto? Que Dios nos ha dado dos manos y nosotros no tenemos más que una: deberiamos tambien tapar una

oreja y cerrar uno de nuestros ojos. De seguro que no sería más ridículo encontrar mal el uso del ojo y de la oreja izquierdos, que hallar de mala educacion los movimientos de la mano izquierda.

El hombre está compuesto de dos mitades semejantes; no son idénticas, es verdad, pero las ligeras diferencias que se notan son insignificantes. Dios nos ha criado así, y nosotros queremos enmendar sus obras: nos ha dado dos manos y hacemos lo que podemos para privarnos de una. ¿Quién sabe la revolucion que produciria en las artes el abandono de una costumbre tan absurda? ¿Quién podria calcular las ventajas que resultarian del doble recurso de las dos manos igualmente hábiles? Ejercitemos las dos, eduquemos nuestra mano izquierda lo mismo que la derecha.

Ha ocurrido, por casualidad sin duda, que vuestro compañero Juan ha hecho todo lo contrario que vosotros. Tal vez una enfermedad de la mano derecha, alguna debilidad en ese lado, le ha obligado á servirse con preferencia de la mano izquierda, y se ha quedado zurdo. Pues bien, sabed que en pocos dias se puede reha-

cer la educacion de la mano derecha.

Juan llegará á escribir como vosotros; al principio le costará algun trabajo, pero al fin conseguirá su objeto.

EL NIÑO Y LA ESTRELLA,

POR C. DICKENS,

traduccion de V. Medina.

Una vez habia un niño que correteaba mucho y pensaba en muchas cosas. Tenía una hermanita, menor que él, la cual era su constante compañera. Los dos pasaban los dias en continua admiracion. Se admiraban de la belleza de las flores, de la altura y del color azul del cielo, de la profundidad del agua transparente, y por último, se admiraban de la bondad y del poder de Dios que hizo el mundo tan hermoso.

Algunas veces, solia decir uno á otro:

«Supongamos que muriesen todos los niños del mundo. ¿Lo sentirian las flores, el agua y el firmamento?

Y creian ambos que sí, que lo sentirian. Porque, segun pensaban

los vastaguitos son los hijos de las flores. Los juguetones arroyuelos, que bajan serpenteando por los costados de las colinas, son los hijos del agua, y los pequeños puntos brillantes que parecen jugar al escondite, por la noche, ocultándose y apareciendo en el cielo, son seguramente los hijos de las estrellas, y ellos habian de sentir, sin duda, que desaparecieran los hijos de los hombres, compañeros de los suyos.

Habia una estrella, clara y brillante, que acostumbraba aparecer en el cielo, primero que las otras, por junto á la torre de la iglesia y por encima de las tumbas de su cementerio. A su parecer, aquella estrella era mayor y más hermosa que todas las demas, y cada noche, esperando vigilantes su salida, permanecian mano á mano á la ventana.

El que primero la veia, gritaba: «¡Veo la estrella!» y á menudo los dos lo gritaban al mismo tiempo, conociendo perfectamente el sitio y el momento en que siempre aparecia.

De este modo, ambos hermanitos llegaron á hacerse tan amigos de la estrella, que ántes de ir á acostarse la dirigian su última mirada, dándola las buenas noches,

y siempre al dormirse en sus camas acostumbraban decir: «¡Bendiga Dios á esa estrella!»

Pero siendo la hermanita muy jóven ¡oh, si! muy jóven, principió á desfallecer y su debilidad llegó hasta el punto de no permitirle acercarse á la ventana, de noche. El niño solo y tristemente vigilaba la venida de la estrella, y al divisarla se volvía, diciendo al pálido y dolorido rostro, que no podia dejar el lecho. «¡Ya veo la estrella!» y una débil sonrisa conmovia los labios descoloridos, y una vocecita estenuada solia decir: «¡Dios bendiga á mi hermano y á la estrella!»

Pero llegó el tiempo, demasiado pronto, en que el niño estaba realmente solo, en que nadie yacia en el lecho y en que habia una pequeña tumba en el cementerio, recientemente erigida, y á la cual miraba él, entre lágrimas, cuando la estrella les alumbraba. Sus rayos eran tan brillantes y parecian marcar de tal manera una senda de luz, desde el cielo hasta la tierra, que cuando el niño se durmió en su lecho solitario soñó en aquella estrella.

Soñó que desde donde estaba, veia á mucha gente emprender aquella via chispeante, conducida por ángeles.

Y que la estrella se abría, mostrando un inmenso mundo de luz, en donde aparecía otra multitud de ángeles á recibirles. Todos los ángeles que esperaban, volvían sus ojos brillantes hácia la gente que se acercaba á la estrella; algunos salían de entre las largas filas en que se hallaban formados y se arrojaban al cuello de ciertos viajeros, y les besaban tiernamente y se los llevaban por aquellas inmensas avenidas de luz, revelando tanta felicidad en su compañía, que el niño lloraba de gozo, acostado en su cama.

Y también vió á muchos ángeles que no se movieron de su puesto, y entre ellos reconoció á uno.

Aquel pálido y dolorido rostro que sufría en el lecho, estaba radiante y glorificado y su corazón adivinó que era su hermanita. Ella, convertida en ángel, permanecía próxima á la entrada de la estrella, y dirigiéndose al que había conducido allí á aquella gente, le preguntó:

— ¿Ha venido mi hermano?

— No, le contestó aquél.

Llena de esperanzas se iba, mientras el dormido muchacho tendía sus brazos hácia ella exclamando: «¡Oh hermana, aquí estoy! ¡Llévame contigo!» Pero ella ha-

bía separado su brillante mirada y la noche había vuelto.

La estrella alumbraba la habitación con sus pálidos rayos, que él veía entre lágrimas.

Desde aquel momento el niño vió en la estrella la morada adonde había de ir, cuando le tocara, y creyó no pertenecer ya solamente á la tierra, sino á aquella estrella también, adonde su hermana-ángel había ido.

Un niño recién nacido fué su hermano algunos días, pues siendo tan pequeño que aún no balbuceaba ni una palabra, extendió su cuerpecito en el lecho y murió.

De nuevo vió el niño, entre sueños, abrirse la estrella y á los ángeles conduciendo á mucha gente, y las filas de otros ángeles, con sus radiantes ojos, mirando á los recién llegados.

Y su hermana volvió á preguntar al que les conducía:

— ¿Ha venido mi hermano?

— No el mayor, le contestó aquél, sino otro más pequeño.

El niño vió á su hermanito en sus brazos y exclamó:

— ¡Oh hermana! ¡aquí estoy! ¡Llévame contigo!

Ella desapareció sonriendo.

La estrella seguía brillando.

El niño creció y era ya un jóven

y estudiaba en diferentes libros, cuando un antiguo criado llegó á decirle :

— ¡Tu madre ha muerto! ¡Traigo su bendicion para su hijo querido!

Él, por la noche, volvió á ver la estrella y cuánto en ella habia ántes visto. Su hermanita preguntó al conductor :

— ¿Ha venido mi hermano?

— No. Tu madre.

Un grito de alegría llenó todo el ámbito de la estrella al reunirse la madre con sus dos hijos.

El jóven, extendió sus brazos, exclamando :

— ¡Madre, hermana, hermanito, aquí estoy! ¡Llevadme con vosotros!

Pero ellos le contestaron : ¡Todavía no!

Y la estrella seguia brillando.

El jóven llegó á ser hombre y sus cabellos principiaron á encanecer. Se hallaba sentado junto á la chimenea, agobiado de dolor y con el rostro cubierto de lágrimas, cuando la estrella se abrió de nuevo.

Su hermana repitió la pregunta:

— ¿Ha venido mi hermano?

— No, se la contestó. Ha venido su hija mayor.

Y el hombre, ántes niño, vió á

su hija, recientemente perdida para él, convertida en criatura celestial entre aquellas otras, y dijo:

— ¡La cabeza de mi hija descansa en el seno de mi hermana y su brazo rodea el cuello de mi madre, que lleva de la mano á mi hermanito! ¡Ah! Yo no puedo sufrir verme separado de ella!

La estrella seguia brillando.

Así el niño llegó á ser un anciano; su rostro terso se cubrió de arrugas, y sus pasos fueron lentos y débiles, y su espalda se encorvó. Una noche, estando en el lecho, rodeado de sus hijos, exclamó, como hace tanto tiempo habia exclamado :

— ¡Veo la estrella!

Ellos se dijeron por lo bajo :

— ¡Se está muriendo!

Y él dijo :

— ¡Es verdad! ¡La vida me abandona como si fuera un vestido viejo, y niño, de nuevo, me dirijo hácia la estrella! ¡Oh Dios y padre mio! ¡Gracias por haberla abierto tan á menudo para recibir los pedazos de mi corazon, que me esperan!

La estrella siguió brillando y alumbraba su sepulcro!

EUGENIA.

Eugenia no tiene todavía nueve años, y se hace ya querer por la bondad de su corazón, aún más que por su hermosa figura. Sus padres habitan en un pueblo y viven de su trabajo. Honrados trabajadores, no son ricos; pero el orden y la economía reinan en la casa, y, no gastando nada inútilmente, ganan lo bastante para satisfacer sus necesidades y para pensar en la educación de su única hija. Acaban de ver aumentarse de pronto la familia; no se conmueven, sino al contrario, se alegran, y su dicha causa la envidia de todo el pueblo.

La niña Eugenia venía completamente sola de su escuela, con la cestita al brazo, y muy contenta por llevar á su madre una carta de su profesora en que hacia el elogio de su aplicación y adelantos. Al pasar cerca de la iglesia vió salir de la puerta á una niña de su edad, que en sus vestidos rotos anunciaba su miseria, y en sus enrojecidos ojos su dolor.

—Señorita, dijo la pobre desconocida, ¿podría V. darme un pe-

dazo de pan?.... No he comido desde ayer.

—Sin duda alguna; tengo pan y se lo doy á V. con mucho gusto; pero ¿por qué está V. sola?

—¡Ah! he venido á este pueblo con mi papá, entró en una taberna que sin duda tiene dos puertas, no le he visto salir, y sin embargo, ha partido..... ¡Ha partido y me ha abandonado!

—¿Y la mamá de V.?

—Ha muerto.

—¡Pobre niña! Yo no la abandonaré; tengo una mamá que es muy buena, y un papá lo mismo; será V. mi hermana y la querré mucho.

Eugenia la tomó del brazo y la llevó consigo á su casa.

—Mamá, dijo al llegar, he encontrado una hermanita muy desgraciada, muy desgraciada. ¿Quieres que se quede con nosotros? Tendré cuidado de ella. ¿Verdad que sí quieres que se quede?

Contó á su madre el encuentro que habia tenido y la amistad que la unia ya á su nueva amiga.

—Mamá, dijo Eugenia, no nos incomodará; la cederé la mitad de mi cama; somos casi iguales, y mis vestidos nos pueden servir á las dos; irá á la escuela conmigo y aprenderá á leer, si no sabe. ¿Sa-

bes tú leer, hermanita mía? Te pones colorada; no sabes leer, ¡tanto mejor! Mañana te daré la primera lección. ¡Oh, mañana! ¿No es verdad que se quedará en casa? Tú bien conoces la fábula de *La niña abandonada*; en ella se dice que Dios bendice á los que cuiden de los niños; Dios te bendecirá.

¿Cómo resistir á las proposiciones de tan excelente niña?

Adela abrazó á su hija con tierna emoción.

—Sí, Eugenia mía, la acepto, la adopto por hermana tuya; que ella procure parecerse á tí, y tendrás una hermana tierna y servicial.

Eugenia llenó el colmo de sus deseos; corrió desde su madre á la pobre niña, las abrazó á ambas, y las apretó contra su corazón. El padre vino de su trabajo y no se condolió del aumento de la familia. La pobre Enriqueta, que, muy jóven todavía, había sido víctima de la desgracia, era agradecida, tenía un buen fondo y se hizo digna de una hermana tan buena, tan cariñosa como Eugenia.

LA ROSA, EL JAZMIN Y LA ENCINA.

De no conocerse á sí mismo se originan siempre la vanidad y el orgullo: nosotros, regularmente, despreciamos á los demás, porque suponemos que nuestro mérito es superior al de todos; y no solamente procedemos con ligereza cuando tratamos de formar juicio de las cualidades de otro, no cuidando de examinarle como corresponde, sino que también somos injustos, pues nada nos parece bueno en él sino lo que es conforme á nuestro gusto y á nuestras opiniones. Por lo regular no amamos lo bueno, ni lo útil, sino sólo lo que nos agrada á primera impresión; y esta viciosa inclinación es un manantial inmenso de errores; por esta razón, para formar una idea justa de nosotros, no hemos de atenernos al dictámen de nuestros amigos, porque además de que la amistad les inclina á mirarnos con indulgencia, suele suceder que la semejanza y conformidad de sus defectos con los nuestros les ciega y les hace hallar un interés en adularnos; y así, sólo de la boca de un enemigo á quien haya irritado nuestro orgu-

llo, salen á veces aquellas austeras verdades que pueden hacernos conocer nuestras faltas y estimularnos á la enmienda, como lo demuestra el apólogo siguiente :

En las márgenes de un arroyo, entre mil olorosas flores, crecían á la par el jazmin y la rosa : engreidas ambas flores en su hermosura, á la que servía de espejo el transparente cristal de aquella clara corriente, miéntras con vana complacencia se miraban en ella, se pusieron á hablar entre sí de su belleza en estos términos :

— ¿ Quién podrá dudar, decia la rosa, que nosotras somos las flores favorecidas del céfiro, que siempre nos escoge para tejer guirnaldas á su esposa? Y á la verdad, entre la halagüeña familia de flores que hermocean este verjel, ninguna veo que pueda compararse con nosotras, pues juntamos la suavidad de olor á la hermosura, y somos las únicas que gozamos de la apreciable prerogativa de recrear los sentidos á un mismo tiempo. ¡ Cuántas veces la amable Filis, por más sobresalientes que sean los colores de su rostro, ha envidiado los míos cuando al mirarse en el líquido cristal de las fuentes me ha arrimado á sus mejillas para compararlos conmigo!

Si se trata de adornar el cabello ó el seno de las damas, nosotras merecemos la preferencia, y á veces en sus manos delicadas somos un testimonio mudo de su predileccion. Por último, no hay en todo el reino vegetal flor alguna, planta odorífera, tierno arbusto ni árbol de la mayor corpulencia, que desconozca nuestras calidades y se atreva y disputarnos el honor de la primacía.

Arrebatada de gozo y envanecida escuchó la cándida flor el lisonjero discurso de su compañera, y tomando luego la palabra respondió de esta suerte :

— Mira allí, cerca á esa antigua y disforme encina. ¿ No ves qué hojas tan toscas que tiene? No ves que corteza tan basta y resquebrajada? ¿ Á quién le habrá ocurrido colocar tan cerca de nosotras á ese grosero vegetal? Te aseguro que aunque su vista no desluzca mi brillantez, por lo ménos me fastidia y entristece. Á bien que todos la tratan como merece, pues solamente se emplean en ella las callosas manos del rústico labriego. ¡ Qué poco cuerda ha estado la naturaleza cuando entre sus agradables producciones ha incluido una planta tan bronca y espantosa! ¿ Por qué en lugar de álamos,

fresnos, encinas y pinos no habrá criado sólo rosas y jazmines?

Aquí el respetable árbol, que habia estado oyendo aquella necia conferencia, sacudió la majestuosa cabeza, é interrumpiendo las vanas jactancias de las dos flores, dijo :

— Callad, orgullosas plantas, callad, que esos atractivos que tanto apreciáis apénas llegarán á mañana. He visto tantas de vuestras semejantes nacer y morir en ese sitio, que casi ignoro vuestra existencia. Vosotras sólo habeis sido criadas para una efímera pompa, y así, cogeros y olvidaros es obra de un mismo día. Sabed, por lo contrario, que este tosco árbol de que haceis tanto desprecio, está dotado de calidades mucho más sólidas y duraderas que las vuestras. Mi cuerpo, nervioso y robusto, resiste al furor de las tormentas, y de consiguiente sirve de abrigo á los hombres y á los ganados contra la lluvia, el granizo y los ardores del sol. Hace más de cien años que estas fecundas y torcidas ramas suministran abundante pasto al útil animal que se alimenta de bellotas, y cuando ya estenuada y casi seca me halle próxima á la muerte, espero sobrevivir á mi

misma ruina, pues surcando entónces las ondas del inmenso Océano, correré de una á otra extremidad del mundo, de donde volveré luégo cargada de riquezas y géneros peregrinos. Y vosotras, entre tanto, con toda esa necia vanidad, ¿ qué haréis ? ¿ De qué serviréis ? ¿ Qué será de vosotras ? Os olerán hoy con agrado, y mañana, marchitas y ajadas, os hollarán con desprecio.

Aún no habia acabado de hablar la juiciosa encina, cuando ya el ardor del sol habia hecho bajar la cabeza á las dos imprudentes flores, que perdiendo poco despues su olor á un tiempo y su lozanía, cayeron secas y desfiguradas al suelo, perdiéndose entre la escoria de las flores más depreciables.

¡ Oh vosotras, hermosas jovencillas ! si acaso engreidas en vuestra belleza os olvidáreis de que ese es un bien momentáneo sujeto á mil contratiempos, y que las verdaderas prendas de vuestro sexo, capaces de resistir á los embates de las vicisitudes humanas y de labrar vuestra felicidad y la de vuestra familia, son la virtud, la prudencia y demas dotes del ánimo, miraos en el espejo de estas dos flores y hallaréis en ellas vuestro retrato, y un anuncio infalible

de la suerte cruel que os aguarda. A fin de evitarla, debeis habituaros al estudio y á la virtud, no para haceros solamente agradables como las flores por su exterior hermosura, sino para que os forméis robustas encinas, que resistais los impulsos fuertes de los vicios cuando llegue el caso, como no dejará de llegar, de que os acometan, queriendo echar por tierra vuestra bondad y virtudes.

J. M. B.

EL AHOGADO.

La desobediencia recibe siempre el castigo que merece. Los niños que quieren satisfacer todos sus caprichos y no escuchan las sábias advertencias de sus padres, ni las tiernas lecciones de sus madres, se arrepienten bien pronto de haber desobedecido; pero reconocen con frecuencia demasiado tarde la justicia de los consejos que se les han dado y la utilidad de las órdenes que han recibido.

Pablito era un niño muy aturdido; le gustaba más el juego que el trabajo, y tomaba siempre el camino más largo para ir á la es-

cuela. Ningun niño del pueblo estaba más dispuesto á subirse á los árboles para coger nidos de pájaros, á escalar una tapia y á saltar zanjas. Nunca entraba en la casa paterna sin llevar los vestidos rotos, las manos y los piés magullados, ó la cabeza con algun chichon. Se corrigió al fin, pues su desobediencia le hizo cometer una imprudencia, de la que se acordará toda su vida.

Había á un kilómetro del pueblo un rio poco profundo en sus orillas, pero muy peligroso por la rapidéz de su corriente y porque en muchos sitios de su curso se formaban remolinos que podian arrastrar al nadador imprudente. A pesar del encargo expreso de su padre, Pablo, en los primeros dias del mes de Mayo, poco satisfecho de bañarse con los demas niños en el paraje que le habia sido designado entre dos pequeñas islas, hizo la apuesta de atravesar el rio. Algunos de sus compañeros, los de más edad y más razonables, le hicieron justas observaciones; pero él las desdeñó, y no escuchando más que á su indiscrecion y pueril vanidad, se alejó á nado, llegando á mitad de la corriente. De pronto se le vió desaparecer, arrastrado por un remolino: luchó, sin embar-

go, y reapareció un instante, pero fué para arrojar un grito de an- que más habia luchado para ha- cerle desistir de su fatal proyecto,



Modelos de peinado.—Fichús y mangas.

gustia, y desapareció enseguida. El valiente José, de bastante más edad que él, y que habia sido el no dudó un instante, y á pesar del peligro que iba á correr, se precipita en el rio, nada con ardor y

SOMBRA

PRIMERA EDAD.

22 rs. al Año.



Plaza de Matute, 2. Madrid.

Lit. S.ⁿ Nicolás, Z y 9.



Ayuntamiento de Madrid

consi
Pabl
preci
presa
ment

y Dio
cion;
de nu
mucho
y depo
Alg

consigue, al cabo, sacar al pobre Pablo. Un obstáculo que le fué preciso salvar le obligó á dejar su presa; pero José, animado nuevamente, se sumergió segunda vez,

reunidas al tener noticia del peligro, cogieron al pobre niño para prodigarle los socorros que conocían. Tomaron al desdichado Pablo, que no daba señales de vida,



Traje de campo.

y Dios favoreció su hermosa acción; pues tuvo la dicha de coger de nuevo á su amigo, y, tras de muchos esfuerzos, sacarle del río y depositarle en la arena.

Algunas mujeres del pueblo,

y le pusieron con la cabeza hacia abajo, dándole grandes golpes en las manos. Afortunadamente uno de sus compañeros había ido á buscar á su profesor, hombre instruido, y que sabía los auxilios

que se debían prestar á los ahogados. «¿Qué haceis aquí? les gritó al instante: vais á matarle creyendo salvarle.» Tan luégo como cogió á Pablo, le colocó sobre la arena, le acostó de lado, la cabeza un poco más elevada que los piés y se puso á frotarle fuertemente todo el cuerpo, para restablecer la circulación. Hizo alejar á todo el mundo á fin de que el ahogado estuviese al aire libre; le sopló en la boca, para poner en movimiento sus pulmones; sus esfuerzos parecieron al principio inútiles. Colocó su mano sobre el corazón de Pablo.... De repente dió un grito..... ¡Se habia salvado!

En efecto Pablo hizo un ligero movimiento, el buen profesor redobló sus cuidados y despues de algunos minutos, el niño abrió los ojos. El maestro hizo tomar al enfermo un cordial que llevaba; fué preciso, sin embargo, llevarle al pueblo, donde entró un poco avergonzado de la desgracia que le acababa de suceder por su desobediencia; pero no hubo necesidad de regañarle; prometió no olvidar nunca la terrible lección que habia recibido.

Mientras que trasladaban al pueblo al enfermo, el profesor se quedó con las aldeanas, á las cuales

dió útiles consejos, sabios avisos. «Lo mejor que podeis hacer en circunstancias parecidas, les dijo, es llevar en seguida á la alcaldía ó á la escuela á los ahogados, tan pronto como se les haya sacado del agua. No temais comprometeros obrando así.... Prestadles auxilios lo más pronto posible; un momento de retraso puede matar á un hombre. Si un desgraciado se ha colgado de un árbol, romped la cuerda y quitad el nudo que aprieta su garganta. Si el cuerpo de un ahogado, ó de un ahorcado, está frio, no os desanimeis, á ménos que esté en putrefacción: nada prueba á nuestros ojos de una manera evidente que no sea aparente su muerte. Socorred, obrad del modo que yo lo he hecho, aún cuando no obtengais éxito alguno, hasta tanto que llegue el médico y él decidirá si el volverle á la vida es ó no posible. Tened, sobre todo, muy buen cuidado de no suspender al ahogado por los piés, como lo habeis hecho con el pobre Pablo. El cuerpo humano no es un vaso que se vacia al invertirlo, y léjos de volver á la vida á un ahogado, le concluiríais de matar.

EL GUSANO DE SEDA.

El gusano de seda es la larva de una mariposa que vuela poco durante el día. Los naturalistas le colocan en el género bombyx ó mariposa nocturna hiladora. Este insecto procede de la China, del Tibet y del Mogol en el Asia Oriental.

La oruga ó gusano tiene diez y seis patas; es liso, de un color blanco amarillento, detras de la cabeza tiene algunas arrugas y cambia cuatro veces de piel, despues de veinticinco ó treinta dias de existencia hila un capullo ovalado, con un tejido muy tupido, cuya seda es de un color amarillo ó blanco.

Encerrado en estecapullo se transforma en crisálida, conservándose en este estado unos quince ó veinte dias, despues de los cuales la mariposa sale por un agujero del capullo, para poner sus huevos y morir poco tiempo despues de efectuado esto.

Se educa el gusano de seda principalmente en el Piamonte, la Proenza, Languedoc y en España.

Se le puede aclimatar en todas partes donde se crie la morera con facilidad.

Al fin de la primavera es cuando los gusanos hilan su capullo. Algun tiempo ántes cesan de comer, se descargan de sus excrementos y comienzan su trabajo, extendiendo en diferentes sentidos hilos de una seda grosera, en medio de la cual hila su capullo. La seda que el insecto forma no sale de su cuerpo conforme la vemos nosotros; está encerrada en recipientes bajo la forma de un flúido, que se espesa y toma consistencia desde el momento en que se expone al aire. Un célebre naturalista, Reaumur, que vivia hace cien años, observó que esta seda se halla compuesta de dos hebras que se encolan juntas. Se eligen los más hermosos capullos para obtener los huevos que se llaman *simiente*.

Para impedir que los demas capullos sean horadados, es preciso ahogar las crisálidas, lo cual se consigue, ó bien exponiendo los capullos al ardor del sol durante cinco ó seis dias, ó bien metiéndolos en agua hirviendo, ó bien, en fin, exponiéndolos al vapor del agua hirviendo ó al calor de un hogar.

Toda la seda del capullo pesa

medio decígramo, y un hilo tiene á veces hasta 300 metros de longitud. Este hilo, aunque muy fino, presenta una resistencia extremadamente grande.

Después de haber quitado la primera seda ó borra, se echan los capullos en agua hirviendo y se los remueve con una varilla, á la cual se agarra cierto número de hilos de seda. Se reúnen de cinco á veinte, según la necesidad, y se devanan juntos. El que hila debe tener cuidado de mantener estos hilos del mismo espesor, reemplazando los que se rompan y añadiendo más capullos cuando comienzan á agotarse. El interior del capullo es una membrana que se une á la borra, así como los capullos horadados y que no se han podido devanar. Este desecho no es perdido; se le bate, se le aplasta, se le peina y se le carda. Después, una vez hilado, se fabrican tejidos bastos para las sombrerías. Esta especie de seda de calidad inferior se llama *filadiz* y *cardazo*.

Los capullos son generalmente amarillos; pero el agua hirviendo los quita el color y la goma. Sin embargo, queda una especie de cera que no puede destruirse más que por medio de procedimientos

químicos que constituyen lo que se llama *desborramiento*.

Se fabrican con la seda los tafetanes, satenes, terciopelos, etc.

Desde hace algunos años una enfermedad de los gusanos de seda ha disminuido esta industria, una de las principales del Mediodía de Francia y del Norte de Italia, habiendo sido necesario ir á China á buscar la seda necesaria para las fábricas. Muchos sabios se han ocupado de esto; pero no han encontrado aún el medio seguro de contrarestar esta enfermedad, han, sí, indicado solamente como pueden reconocerse los huevos enfermos por medio del microscopio.

EL NIÑO GLOTON.

(CUENTO DEL AMA DE GOBIERNO.)

Hará cosa de diez años que yo servía en Madrid á una honrada familia, que, sin ser muy rica, gozaba, sin embargo, de una decente subsistencia, fruto de un trabajo continuo, mucha economía y de una vida irrepreensible. Habían tenido tres hijos, de los cuales se murió el más pequeño, y aunque los dos esposos dirigían sus cai-

ños á los dos niños, la madre miraba con predileccion marcada al mayor, llamado Eduardo, no sólo por su bonita figura, sus grandes ojos azulados, sus pobladas y arqueadas cejas, sino aún más por lo penoso que habia sido criarle en su delicada infancia. Eduardo sabía aprovecharse de esta debilidad, al parecer perdonable; porque Alfredo (nombre de su hermano) cumpliendo con sus deberes, pasaba casi todo el tiempo léjos de su madre, entregado á los estudios y al lado de sus maestros, á quienes amaba tanto cuanto los aborrecia Eduardo.

El pobre Alfredo habia sido tan bonito como su hermano, pero una horrible y asquerosa enfermedad (las viruelas) le habia desfigurado cuando era chiquito, constituyéndole en una debilidad tal, aumentada por sus continuados padecimientos, que estaba como raquítrico. Semejante estado era realmente una desgracia para el pobre muchacho, pero él compensaba estos defectos exteriores con las más recomendables cualidades; pues era bueno, apacible, juicioso, cortés y muy aplicado; de modo que todos le querian extraordinariamente, al paso que á su hermano, por su desmedido orgullo, todos le des-

preciaban dejándole con sus lucidas facciones entregado á su amor propio. Así es que el indiscreto Eduardo, seguro de agradar por su graciosa cara, no se cuidaba de adquirir las cualidades que nos atraen el amor de los demas; ántes por el contrario, en todo el día pensaba en otra cosa que en satisfacer su propension á las golosinas, llevando continuamente sus bolsillos llenos de confites, almendras, caramelos y pastillas, y este inmoderado gusto, fomentado largo tiempo por la tolerancia de su madre, se convirtió más tarde en una pasión tal, que no habia semana que no sufriese una ó dos indigestiones, por cuyo motivo su estómago é intestinos habian adquirido tal distension, que su vientre, repleto de pasteles, bizcochos, frutas, etc., tenia á veces un volumen tan prodigioso, que los muchachos del barrio le llamaban por mofa *Panzuque*: la ridiculez de este mote le irritaba mucho; se encolerizaba con ellos y quería perseguirlos; pero cuanto más muestras daba de sentimiento, tanto más se lo repetian sus compañeros. Ya estaba para cumplir los doce años, y su glotonería, léjos de disminuir, iba en aumento. Su padre, inquieto ya por las frecuen-

tes indisposiciones que le causaba y por las fatales consecuencias que pudiera acarrear en lo sucesivo, viendo que su hijo nunca había querido aprovecharse de sus sabios consejos, resolvió por último corregirle por cuantos medios fueran posibles, sin excluir los castigos corporales; y así, á pesar de las súplicas de su esposa, á quien affligia tanta severidad con su hijo predilecto, se mostró inexorable y sujetó undia á Eduardo á un moderado régimen, mandando á los criados que no le diesen nada fuera de las comidas, bajo la pena de quedar despedido el que contraviniese á semejante mandato; y como sabía tambien que su hijo se escapaba muchas veces á la despensa y pillaba en ella cuanto podia excitar su apetito, mandó echar rejas á las ventanas y cerró con cuidado las puertas; de suerte que Eduardo quedó reducido á contemplar únicamente, al traves de los hierros, ó por el agujero de la cerradura, las tortas, bizcochos, frutas, etc.: pero sin poder conseguir la entrada en aquel lugar de delicias. Eduardo no podia sufrir tantas privaciones, y buscaba todos los medios de evitárselas: para conseguirlo se escondia en los rincosillo scerca de la despensa, es-

perando que alguno dejase la puerta abierta para aprovecharse de su distraccion; pero los criados, tan cuidadosos como diligente estaba él, se acordaban de sus travesuras pasadas, le acechaban por todas partes, y si alguna vez fingian algun descuido, era para proporcionarse el placer de cogerle con la presa en la mano. Entónces sí que no se podia oir la rechifla y gritaría que armaban los criados para burlarse de él, ahuyentándole con el coraje en el pecho y la vergüenza en la cara. ¡Feliz niño si estas humillaciones le hubiera corregido! pero todo lo contrario; se empeoró más y más, vaciló algun tanto sobre el partido que habia de tomar, y renunciando, por último, á sus primeras tentativas, se trazó otro plan de conducta mucho más odioso.

Habia observado que su madre dejaba con frecuencia dinero encima de su papelera para pagar los gastos ordinarios de la casa: se le ocurre..... y desde ¡luego concibe el horrible proyecto de robarlo..... porque un vicio trae otro ú otros tras sí; y el tunante, entrando una mañana en el cuarto de su madre en el momento que acababa de salir, ve el dinero en el sitio acostumbrado... titubea... se acer-

ca... va á cogerlo... tiembla... se retira como arrepentido... mas la pasión le vence: cede y roba algunas moneditas, con las que escapa á comprar golosinas. Hé aquí una mala accion ya ejecutada, y, en su consecuencia, satisfecho su apetito; pero, niños míos, nunca le vi tan triste como aquella mañana: estaba lleno de temores, sin duda los remordimientos... mas viendo que no habia sido descubierto, cobró nuevo ánimo; por la tarde ya estaba más alegre; y al otro dia, y á los siguientes, volvió á repetir tan horrible atentado, tomando cada vez un poquito más, de suerte que su madre al fin notó que le habian robado, y no sabiendo quién podria haber sido, sospechó de un pobre viejo que hacia pocos dias habia recogido por caridad, y al momento lo despidió.

¡Ved aquí, hijos míos, á este pobre anciano privado del sustento por el crimen de Eduardo! Vedle ya en la calle sin asilo y sin esperanza de hallar otra colocacion, porque le imputaban un robo. ¡Qué situacion tan terrible y dolorosa la de aquel pobre hombre! Sin embargo, con dos palabras puede probar su inocencia, pues conoce al culpable: ¡le ha visto introducirse en el cuarto de su madre por

una puerta entreabierta y robar varias monedas de plata! ¿Irá á revelar este horrible secreto? ¿Llevará la vergüenza, el espanto y el duelo á una madre, demasiado indulgente, sí, pero buena y sensible, que poco ántes le habia sacado de la miseria cuando todos le abandonaban? No, no; su reconocimiento le impone silencio..... mas el cielo volverá por su inocencia, porque la Justicia Divina no deja á los malvados sin castigo.

Eduardo, sin reparar el doble daño que habia hecho, y viendo su bolsa bien repleta, se escabulló en aquella misma tarde, y entrándose en la pastelería más cercana, pidió una gran porcion de las golosinas que tanto apetecia; comió, llenó los bolsillos y la gorra, y viendo que aún le quedaban, volvió á comer hasta tanto que, no pudiendo recibir más su estómago, é impidiéndole la fácil respiracion, temió no poder volver á casa de su padre: por momentos se iba sintiendo cada vez más malo; hace un gran esfuerzo para llegar á casa, pero los padecimientos de su estómago, pintados muy á lo vivo en su descompuesto rostro, ojos encendidos, labios amoratados y como hinchados, la boca abierta y la

respiracion fatigosa, se oponian á tan deseado fin: en tan infeliz estado, sin embargo, puede arrastrarse hasta el portal de su casa, le da una convulsion y cae al suelo.

Felizmente el pobrecito viejo, que habia sido despedido por la mañana con la mancha de ladron, estaba allí cerca como aguardando que la Providencia le deparase algun consuelo: no sabiendo qué hacerse, ni á dónde ir, se habia sentado junto á una de las esquinas inmediatas, sin atreverse ni á implorar los socorros de la comiseracion pública, ni acercarse á la casa de su bienhechor: en tan triste situacion, sin haber comido en todo el dia, sin ningun recurso para cenar y recogerse aquella noche, lloraba amargamente, cuando oyó los gritos de Eduardo: reconoce su voz, y al momento, sin pararse á considerar que él es el culpable de su desgracia, corre á su socorro y siente que se le traspasa el corazon al ver aquel niño casi muerto á sus pies... Pide auxilio, y, sin esperarle, le toma entre sus trémulos brazos, le estrecha contra su pecho, procurando reanimarle con su aliento; pero á pesar de sus cuidados, Eduardo permaneció sin sentido, hasta que

puesto á la lumbre en el cuarto de su madre, adonde le habia podido entrar el pobrecito anciano, recobró con el calor y las repetidas friegas su entero conocimiento.

Sin embargo, el peligro se aumentaba; una sangre negra y espesa que le salia de la boca le ahogaba por momentos. Los médicos que llamaron á su socorro declararon que tenia rota una vena del pecho, por los violentos esfuerzos que habia hecho para arrojar los alimentos de su atestado estómago. El caso era grave é inminente; Eduardo lo conoció por los vivos dolores que padecia, por las abundantes lágrimas que veia deramar á sus padres, y porque observó tambien que le cercaban los irrecusables testigos de sus faltas, cuya vista aumentaba su vergüenza, al paso que experimentaba el mayor sentimiento por haber despreciado tantas veces los consejos de su padre: con estos remordimientos y los que le producian el daño que habia causado al pobrecito viejo, llamó á sus padres, que lloraban á lágrima viva, les declaró sus faltas, y pidiéndoles perdón de todas ellas, les suplicó para expiarlas que cuidasen al pobre viejo, infamado atrozmente por su culpa. Aún queria hacerles más

encargos; pero no pudo concluir, porque el esfuerzo que habia hecho para hablar, aumentó la actividad del flujo de sangre que brotaba de su pecho, y sin permitirle apénas despedirse de su padre, espiró.

Así es como concluyó, á los doce años de su vida, el infeliz Eduardo, víctima de una inclinacion que no habia reprimido en su principio: triste ejemplo de las consecuencias que acarrea el olvido de los consejos de una sábia templanza.

J. M. B.

EL SUEÑO DE LA NIÑA.

I.

¡Calla! ¿No ves que duermes?

Si á despertarla llegáras, y sus lágrimas, su triste llanto, vinieran á anunciarnos que se ha despertado....

No hagas, no, el más leve ruido; ella duerme en sus sueños de ángel; el más débil trastorno podría despertarla.

¡Pobre ángel mio!

Hace muy poco sonreía á mis

caricias; hace muy poco quedó dormida en mis brazos.

Antes de que el sueño embargá-
ra sus fuerzas y cerrára sus ojos
con fuerza irresistible, ella estaba
alegre y contenta; ahora duerme.

Quiero verla: una sonrisa vaga
en sus labios: ¿soñará?

Sueños de ángel serán los suyos:
es tan pequeñita, que hace pocos
meses viera la luz por vez pri-
mera.

No me ve, no puede verme: ella
no sabe que yo velo su tranquilo
dormir, que tiene á su lado guar-
dian exacto y cuidadoso.

¡Dichosa ella!

En su inocencia, su vida es un
sueño tambien: ella no compren-
de aún lo que es el deber, lo que
es la realidad amarga de esta
vida.

¡Si fuera posible que así fuera
siempre!

No, no es posible. Ahora es ino-
cente, mas poco á poco el sufri-
miento irá apareciendo para ella.

¿Por qué no vivir siempre la
vida de niño?

Tambien se despierta al fin del
sueño de la inocencia; tambien
llega un dia en que en él no se
vuelve á dormir más.

¡Terrible despertar!

Entónces la fria realidad hace

huir presurosas aquellas hermosas visiones de la infancia; entónces parece que se busca estar despierto, como si enojoso fuera el sueño de la inocencia.

Se vive otra vida: aparece entónces otro sueño, el sueño de las ilusiones, sueño más embriagador seguramente.

Mas cuando desaparece, cuando la última ilusion vuela para no más volver, no hay más sueño que el sueño del sufrimiento, de amargo, de terrible despertar.

Mas no, digo mal, hay aún otro sueño: existe todavía el último, el sueño de la muerte: de éste no se despierta ya.

Mas me extravió: ¿por qué mi mente vaga incierta y recorrer pretende la escala de la vida?

Me olvidaba ya de que mi niña, mi hermosa hija, duerme á mi lado, y duerme aún el primero de sus sueños: aún no habla, aún apenas conoce el sufrimiento.

¡Si fuera posible que su inocencia no terminára jamas!

Pero es inútil pensar en esto: todavía no ha dormido más que el sueño de la inocencia; su padre, que vela su hermoso dormir, no espera ya conocer otro sueño, él no conocerá su sueño de la tumba: el primer momento de éste será el

último en que se agite su inteligencia, en que su pensamiento pueda acordarse de su hija.

¡Pobre hija mia!

Duerme, duerme dichosa y feliz ahora; duerme en estos tus primeros dias de la vida, en que yo puedo velar tu dulce descanso, en que el sufrimiento apenas si aparece para tí.

¿Te agitas?.....

No despiertes, no, hija mia: yo meceré tu cuna, por si su tranquilo vaiven puede adormecerte.....

II.

No ha despertado todavía; aún descansa como ántes, aún guardo cuidadoso su tranquilo dormir.

Sí, yo quedo á su lado para cuidar de ella, que puede encontrar al despertar fijos en los suyos los ojos de su padre.

Cuando tras largo sueño abre sus ojitos y me ve, dulce sonrisa asoma á sus labios, como si con ella quisiera decirme cuánto ha de quererme, cuánto me quiere ya.

¡Si así fuera siempre!

No lo será seguramente: llegará un dia en que, al despertar, triste recuerdo agite su espíritu, en que ya no aparezca la sonrisa en sus labios.

Llegará un día en que no encuentre fijos en ella los ojos de su padre, que ya no podrá velar su sueño, que no existirá tal vez.

Mas ¿por qué mi pensamiento se dirige al porvenir, cuando el presente es sólo de inocencia y consuelo?

Duerme, mi niña, duerme tranquila; yo arrullaré tu sueño con mi canto, yo velaré por ti mientras tú duermas.

No me oyes, no; ya sé perfectamente que esa ligera sonrisa que aparece en tus labios es debida á algun ensueño que te sonríe en tu inocencia.

Duerme, hija mia, que aquí yo, á tu lado, velo por tí.

III.

Ha despertado: al abrir sus ojitos ha tenido para mí su primera mirada, su primera sonrisa: despues ha extendido sus bracitos, como si con ellos pidiera la tomára en los mios.

¿Qué podia yo hacer?

¡Ah! aquí sobre mi pecho recuesta su cabeza, y sobre él descansa otra vez.

Otra vez duerme, sí: ahora puedo yo estrecharla entre mis brazos mientras dure su sueño.

¿Despertará?

No: ella sabe donde descansa su cabeza; ella ha comprendido en brazos de quién ha cerrado sus ojos.

Duerme, hija mia, duerme tranquila; yo arrullaré tu sueño con mi canto; yo velaré por tí mientras tú duermas....

E. THUILLIER.

CUENTOS DE SCHMID.

LXXXI.

LOS BARQUEROS.

Valentin era un niño de un carácter en extremo aturdido, y un dia se llevó á su hermano menor, Felipe, á la playa del mar, donde se metió en una barca y entróse mar adentro.

Muy pronto la rapidez de la corriente arrojó la barquilla contra un arrecife y la hizo mil pedazos. Nadó con gran pena y trabajo Valentin á lo largo de la escarpada costa, pero sin poder trepar á ella. Felipe fué arrastrado por las olas.

A los gritos de los dos chiquillos acudió un pescador que se arrojó al agua, y con gran riesgo de su

vida acudió al socorro de Felipe, lo cogió y lo volvió felizmente á tierra y tuvo la dicha de salvarle, siendo infinita su alegría.

LXXXII.

EL CIEGO.

Un jóven ciego llamado Andres salia de la iglesia y se volvia á su casa caminando muy lentamente y con circunspeccion, sirviéndole de guia su palo. Lúcas, aldeano travieso y maligno, le gritó con aire burlon :

—Pobre ciego, ¿á que no apuestas conmigo diez duros á que ando más ligero que tú?

—Quedan apostados, respondió el ciego, á condicion de que me dejes elegir el sitio y la hora.

Consintió Lúcas dando grandes carcajadas y tomando á todos los presentes por testigos.

—Muy bien, dijo entónces Andrés, hoy mismo á media noche verémos á ver cuál de los dos llega primero al pueblo inmediato.

Al sonar en el reloj la última campanada de las doce de la noche, se pusieron ambos en camino, la noche estaba oscura como boca de lobo y muy tempestuoso el tiempo, el camino pasaba por

medio de un espeso bosque. Andrés, para quien el dia y la noche era igual, llegó al pueblo ántes que saliera la aurora, miéntras que el burlon de Lúcas se perdió en el bosque tropezando unas veces con la cabeza contra un tronco de un árbol, enredándose otras en las raíces y cayéndose al fin, entre las zarzas: al fin no llegó al pueblo sino cuando hacia ya mucho tiempo que habia salido el sol sobre el horizonte. Vióse obligado á pagar los diez duros y todos creyeron que Lúcas merecia todavía una leccion más dura y severa.

LXXXIII.

LOS DOS VIAJEROS.

Caminaban juntos amigablemente dos viajeros, Alberto y Enrique. De pronto Alberto descubrió á la orilla del camino, un bolsillo lleno de oro. Dió prestamente un brinco y lo recogió.

—Camarada, le dijo Enrique, ¡vaya un buen hallazgo que espero, partirémos como buenos compañeros!

—No lo creas, respondió Alberto, yo me lo he encontrado y para mí solo ha de ser.

De pronto presentóse un ladron

con un sable en la mano. Alberto se puso pálido como un muerto.

—Compañero, dijo, defendámonos prontamente y no le será fácil vencernos, pues que somos dos contra uno. Despáchate, imita mi ejemplo y echa mano á la espada.

—Yo me guardaré muy bien de hacerlo, respondió Enrique á su vez, yo no tengo miedo al ladrón que nada puede quitarme. Tú te has guardado el dinero para tí solo, tú te defenderás como puedas.

Fácilmente vencido por el ladrón, Alberto en lugar de su tesoro solo sacó del viaje algunas heridas.

LXXXIV.

EL MOLINERO Y SU BORRICO.

Un molinero y su hijo llevaban delante de sí un borriquillo que iban á vender á una feria.

—¡Qué animales sois! les gritó un caballero que encontraron en el camino. No teneis ni pizca de juicio en dejar ir así al borrico sin carga y sin montaros uno ú otro.

Inmediatamente el hijo se subió en el borrico.

Pasó por allí un carretero y les dijo:

—No te da vergüenza, grandísimo holgazan, en ir montado en el borrico y permitir que vaya á pié tu padre, qué es un pobre viejo.

Sensible el hijo á la reprensión se apresuró á apearse é hizo montar á su padre.

A poco despues encontraron una aldeana que llevaba en la cabeza una cesta de fruta al mercado, y llegándose á ellos les dijo:

—¡Vaya un buen padre, que se va muy tranquilo pavoneándose en el borrico, mientras el pobre chico va á pié con un palmo de lengua fuera!

Entonces el hijo, montó á la grupa del borrico.

—Pobre animal, exclamó un pastor que estaba guardando sus ganados y que los vió pasar. ¡Qué bárbaros! van á reventar al pobre borriquillo.

Apearonse entonces los dos del borrico y el hijo muy desesperado dijo á su padre:

—¿Qué hemos de hacer para dar gusto á todo el mundo? Pongamos al borrico en unas andas y llevémosle en hombros á la feria, ó vamos á tirarnos de cabeza al río.

El padre respondió:

—Yo veo desde ahora que es imposible contentar á todo el mundo.

LXXXV.

EL CARBONERO Y LA LABANDERA.

Dijo un día un carbonero á una lavandera que buscaba un cuarto.

—Comadre, vén á mi casa, que es bastante capaz para tus mercancías y las mías.

Respondió la lavandera:

—Muchas gracias, compañero, pero nosotros no podemos vivir juntos; tu carbon emporcaria la ropa que tanto me cuesta blanquear.

El honrado carbonero se echó á reir y contestó:

—A fe mia que tienes muchísima razon. Lo blanco y lo negro no pueden nunca unirse. Sí, lo que sucedería á tu hermosa ropa blanca por el contacto del carbon, sucede tambien á las almas puras é inocentes que seducen las almas perversas, cuya alma es negra y corrompidas sus costumbres.

LXXXVI.

EL CAZADOR Y EL PERRO.

Haciendo saltar un cazador una liebre herida, azuzaba contra el animal á su perro.

— ¡Cógela! ¡Cógela, le gritaba.

Y el perro dócil se echó á correr con todas sus fuerzas, persiguió á la liebre por valles y cerros y la sujetó con los dientes. Acércase el cazador, coge por las orejas la pieza, y grita al perro:

— ¡Suéltala! ¡Suéltala!

Éste suelta su presa inmediatamente y el cazador la coloca en su morral.

Muchas gentes del campo presenciaron este episodio de la caza. Un anciano que entre ellos se hallaba pronunció estas notables palabras:

—Semejante á este perro es el avaro. La avaricia le grita ¡cógela! ¡cógela! y el hombre ciego la obedece. Corre con todas sus fuerzas para conquistar los bienes terrenos, empero llegada la hora de la muerte al fin le grita, ¡suelta! ¡suelta! y el pobre hombre debe de abandonar sin haber gozado, las riquezas con tanto trabajo y penas allegadas.

LXXXVII.

LA ORGULLOSA.

Una noble señorita llamada Gertrúdis habitaba un magnífico castillo.

Estaba muy infatuada y orgu-

gullosa con su alta posición social.

Un día se presentó á ella María, la hija de un pobre albañil, y la dijo:

—Mi padre, que se halla enfermo y en el último extremo, os ruega que vayais á su casa, porque tiene cosas importantísimas que comunicaros.

La señorita respondió con ironía:

—De ver estaría que una persona de mi rango fuese á visitar vuestra choza, para oír los cuentos de un pobre artesano. Marchad, y decid á vuestro padre que ni tengo ganas ni tiempo para eso.

Un momento después, volvió de nuevo María gritando sin poder alentar:

—¡Señorita, venid pronto! Durante la guerra, vuestra difunta madre hizo encerrar en una pared una cantidad considerable de oro y de plata. Había mandado á mi padre que á nadie revelase este escondite sino á vos, y únicamente en la época en que hubieseis cumplido veinte años. La muerte se aproxima y no permite á mi padre tardar más en revelaros tan importante secreto.

La pobre señorita echó á correr con toda la celeridad que le permitían sus piernas, empero cuando

llegó á la cabaña ya el pobre hombre se había muerto.

Perdió casi la cabeza de desesperación y de cólera, hizo demoler muchas paredes en diferentes partes de su castillo; empero el tesoro no se halló.

Pesóle toda su vida y lloró el haber por su orgullo entristecido los últimos momentos de un hombre tan honrado y de haberse privado por ella misma de una considerable fortuna.

LXXXVIII.

LA MENDIGA.

En un tiempo de carestía se presentó una majer extranjera en una aldea á pedir una limosna. Su traje era pobrísimo, pero aseado.

En algunas casas la rechazaron con dureza, y en otras sólo la dieron una limosna muy mezquina. Sólo hubo un pobre aldeano que la hizo entrar en su casa para que se calentase porque hacía muchísimo frío aquel día. La mujer del aldeano, no ménos caritativa, la presentó un plato de sopa, un vaso de vino y un buen pedazo de torta que acababa de sacar del horno.

A la mañana siguiente todos aquellos en cuyas casas se había

presentado la desconocida fueron convidados á cenar al castillo de la aldea.

Al entrar en el comedor descubrieron una mesita cubierta de los más exquisitos y delicados manjares. Había otra gran mesa igualmente dispuesta con muchos cubiertos. Sobre los platos veíase en unos un pedacito de pan ó en otros algunas patatas, en otros un ocha-vo, pero la mayor parte se hallaban absolutamente vacíos.

Pocos instantes despues que se hubieron reunido todos los convidados, la señora del castillo se presentó en el comedor y les dirigió estas palabras:

— Yo soy la que ayer se disfrazó de mendiga. En estos tiempos tan duros para los pobres, he querido poner á prueba vuestra caridad. Estas buenas gentes que aquí veis, dijo señalando al aldeano y á la mujer, me han tratado lo mejor que han podido, por eso comerán hoy á mi mesa, y les señalo una pension por toda su vida. Vosotros tendréis que contentaros con las limosnas que me disteis y que están en esos platos. No olvideis que del mismo modo se os servirá en el otro mundo.

SOMBRA.

Lámina que acompaña el presente número.

No habiendo llegado [de París este mes el figurin y los grabados de modas, sólo podemos dar dos de éstos, y en lugar de aquel una lámina con la que podrán hacer los niños un bonito juguete. Hé aquí lo que han de hacer.

Con cola de boca hay que pegar sobre muselina ú otra tela análoga para dar consistencia al papel, las tres figuras impresas en azul; luégo con una tijera fina se van sacando—y se tiene cuidado no herirse con la tijera y de no echar á perder el dibujo — todos los contornos exteriores de cada una de las figuras. Las partes impresas en azul, en el interior, deben cortarse tambien con gran cuidado. Terminado este trabajo, un poco minucioso, pero muy divertido, colocais las figuras entre una bujía ó una lámpara y la pared, y veis perfectamente reproducidas las figuras, pero mucho más bonitas y más perfectas que las siluetas que acabais de cortar.

¿Os gusta este regalito? Pues no será el último que os hagamos.

MADRID, 1874.— Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.^a

(SUCESONES DE RIVADENEYRA).